

Dignísimas autoridades. Miembros del Colectivo Amigos de los Reyes Magos del Puerto de la Cruz. Amigas y amigos:

Vuelve la Navidad; y con esta frase mágica que anuncia un año más el episodio más importante de la cristiandad, los que ya peinamos canas, en estas benditas fiestas nos sentimos una vez más un poco como niños, como si aún no tuviéramos a las espaldas esa carga de años que, a veces, nos hace escuchar con inquietud uno de los villancicos que hace medio siglo cantábamos a plena voz, sin darle mayor importancia:

La nochebuena se viene,  
la nochebuena se va,  
y nosotros nos iremos,  
y no volveremos más.

Pero no es cosa de ponernos pesimistas en estas fiestas tan alegres, así que intentaremos entre todos hacer lo posible para que estas jornadas entrañables sean un motivo de contento y de buenos deseos. Antes de empezar, quiero saludar muy especialmente y rendir homenaje a este magnífico grupo de chicos y chicas que forman el Colectivo de Amigos de los Reyes Magos, que con tanta nobleza y con tanto sacrificio, quitando tiempo al descanso y a la familia, organizan cada año la cabalgata de la ilusión para grandes y chicos. Y también por haberme encargado de la lectura de este rollo, cuando cualquiera de ellos lo hubiera hecho mejor. Me gustaría que los mejores regalos que traigan este año los Reyes Magos, sean para los componentes de este grupo altruísta. Muchas gracias a todos de parte de los que aún seguimos creyendo en Los Reyes Magos a pesar de que hace mucho tiempo que dejamos de creer en aquello de que los niños vienen de París.

¡Que difícil es hablar de las navidades, y más aún de las navidades del Puerto sin recurrir a los tópicos de siempre! Les prometo a todos que haré lo posible por suprimir estos tópicos, aunque no lo logre totalmente. También les aseguro que seré bastante breve y que trataré de vencer los impulsos de una de mis manías favoritas: sacar a colación, vengan o no a cuento, vivencias de personajes del Puerto de todas las épocas que con mayores o menores aportaciones, todas meritorias, ayudaron a escribir la historia de nuestro pueblo.

¡Vuelve la navidad! Y los recuerdos de nuestra niñez, amargados por tantas guerras, muertes, hambres y escaseces, tanto en España como en el resto del mundo, afluyen sin cesar. Sin embargo, y hablando de nuestra gente más próxima y de nuestro pequeño mundo, los chicos y las chicas que antes de los 40 aprendíamos a leer en la escuela de Doña María Pérez, en la Plaza

del Charco, manteníamos contra viento y marea, la ilusión por las fiestas de navidad, fin de año y sobre todo el colmo, la culminación, la llegada de los Reyes Magos, entonces sin cabalgatas. No había alumbrados extraordinarios, ni decorativos, pero Paco el de la Luz, ayudado por Manuel el de la carretera del Botánico, reponía los bombillos fundidos durante el año en los dos únicos letreros luminosos que había en el Puerto, uno en la explanada del muelle y otro entre Hernández Hermanos y el ayuntamiento viejo, uno de los cuales decía "Viva Franco" y el otro "Arriba España".

Estas fiestas, todo hay que decirlo, entrañaban en ocasiones algunas desilusiones, y algún que otro palo para los chicos, originados sin duda por la falta de liquidez de la época como consecuencia de dos guerras, inútiles y estériles, como todas, desengaños que muy pronto se olvidaban para reanudar los sueños y seguir con las mismas esperanzas en el año siguiente. Eso sí, uno de los tantos ritos, además del vistazo diario a los escasos escaparates, en verdad no muy surtidos, era la visita a los portales, entre los que destacaban los de las monjas del hospital y de la Pureza, así como un belén precioso que confeccionaba Don Federico Ríos en la calle de la Hoya. Las navidades se celebraban en las casas con lo poco que había; el fin de año, sin contar con el del Taoro, prohibitivo por sus precios, se celebraba en las sociedades, Iriarte en la plaza del Charco y el Portuense, precisamente en la casa de Santo Domingo donde tuvo el taller Manuel Pérez y a las 12 de la noche se lanzaban unos voladores y se acabó, pero Los Reyes, eso era otra cosa, algo que nunca olvidaremos.

¡Vuelve la navidad! Repetimos todos con júbilo, incluso los no creyentes; y con la misma alegría que sentíamos en aquellas fechas mágicas de nuestra ya lejana infancia, nos preparamos a recibir las fiestas entrañables que celebran el nacimiento de aquel niño que cambió la historia del mundo; fiestas que tanto para los jóvenes como para los que ya tenemos algunos años, se nos antojan diferentes, en las que la imaginación y la añoranza se nos disparan en una explosión de recuerdos de personas y de situaciones que, y esta es su única faceta triste, ya nunca volverán.

¡Vuelve la navidad! Y ahora sí que la mente nos lleva con toda claridad a unas escenas que transcurrieron hace más de sesenta años, pero que no pierden su frescura y nos parecen de ayer; empieza a funcionar la "máquina del tiempo": en una tarde noche como esta, a principios de los cuarenta, el entorno próximo a la calle de San Juan o de las Tiendas (que en otros tiempos se llamaría de Jose Antonio y hasta de Fermín Galán) cambia como cada año por esta época, en que la transita mucha gente; también ha cambiado la propia iglesia de San Francisco, recién remozada y atendida por un cura joven de origen mejicano, conocido por el padre Flores, que muy pronto sería el amigo y consejero de todos los chicos y jóvenes de aquel tiempo, y profesor de los que

tuvimos la suerte de recibir la enseñanza secundaria en el colegio del Gran Poder de Dios, en la calle de Pérez Zamora.

Este cura llegó hace poco al Puerto y vive al otro lado de la placita, en la casa que fue de Don Vicente Cartaya; junto a la iglesia, Don Domingo Lupe termina su jornada y se dispone a cerrar la zapatería, no sin hacer antes unas florituras con el clarinete, preparándose para el ensayo nocturno de la banda que dirige Don Juan Reyes Bartlet y poco después, Pedro Puerto Botella, cuando ya Don Juan no puede por su ceguera. Claro que Don Juan, aunque ciego, no dejó nunca de aportar su sabiduría musical a las navidades y en la iglesia de San Francisco, un nutrido grupo de preciosas chiquillas de la sociedad portuense, ensayadas por él, ponen la alegría con sus villancicos en la misa del Gallo.

En la misma acera de San Francisco, además de la trasera de la ciudadela del mismo nombre, hay dos locales con nombres evocadores y que nos dicen mucho del pujante pasado del Puerto en su relación con el mar; una de estas oficinas es la de Sanidad Exterior, donde todos los chicos vamos a vacunarnos contra la viruela, y la otra, la oficina de Aduanas, ésta última a cargo del genial Don Miguel Gómez, hermano menor, aunque no mucho, del no menos genial Don Paco Gómez Ibáñez, el dueño del comercio de tejidos de la calle de San Juan, delante del cual Don Miguel no se atrevió jamás a fumar, porque le llevaba dos o tres años. Ambos vinieron de Andalucía, Don Paco con el Regimiento de Borbón, en una época muy próxima al nacimiento de Matusalén, se casaron en el Puerto y se hicieron ranilleros de pro, dejando los dos numerosa descendencia.

Si los muros de la plaza de San Francisco hablaran nos podrían contar muchas anécdotas divertidas y bromas de todos los calibres que se gastaban entre ellos Don Miguel Gómez, Don Juan Reyes Bartlet y Don Vicente Cartaya, en su cercana librería del final de la acera próxima al muelle. Por cierto que en la oficina de Aduanas, Don Miguel tenía como empleado de confianza a un buen amigo de todos, ya desaparecido: el bueno de Delfín Padrón, hijo de Felipe, chófer de Transportes con el carnet nº 14 de la provincia y nieto de Don Pancho, el que fabricó timplas a cinco y seis duros, durante muchos años en la calle de Las Lonjas ¿Ven ustedes lo que pasa? Ya se me disparó el gatillo de la añoranza y, siento verdaderos desconsuelos por contar anécdotas de gente de aquel tiempo que vivían o trabajaban en la calle de San Juan, pero no se preocupen, cortaré a tiempo.

Volvamos a Don Paco Gómez, el verdadero responsable de que los de mi generación y casi los de la anterior no durmiéramos en varias noches antes de los Reyes, pues en su escaparate (uno de los pocos que había en el Puerto) se exhibían unos cuantos juguetes, no de gran calidad, pero que nos quitaban el sueño, aunque también nos daban que pensar que si los Reyes fueran tan

justos como debían, no dejarían sin un regalo a ningún chico mientras que a otros los entullaban en juguetes; a pesar de los más de sesenta años transcurridos, sigo dando vueltas en la cabeza a esta cuestión sin que hasta la fecha le haya encontrado explicación alguna. En aquella época, muchos cientos de chicos del Puerto se quedaban sin juguetes, con excepción de los del Convoy, que como recordarán los que allí vivían, cada año, un hombre bueno que trabajaba en el empaquetado de enfrente se las arreglaba para que los Reyes dejaran a cada uno un juguete, modesto, pero juguete al fin y al cabo. Otros comercios cercanos como la zapatería de Don Benito Hernández y el Bazar España, también exhibían juguetes aunque en menos cantidad que el de Don Paco Gómez.

Y como seguramente consta en las crónicas portuenses, durante un montón de años, el día de Reyes por la mañana, se celebraba en el Peñón un partido de fútbol de los que hacen época entre dos equipos improvisados, el "Sacachispas" y el "Maja y Limpia", eternos rivales, partido que hacía que los ases de la época pasaran la cuesta de Enero, por entonces muy suave de llevar, con unas terribles agujetas; el equipo vencedor se llevaba una artística y gigantesca copa con adornos del mar, que se exhibía desde mucho antes en la agencia de Hernández Hermanos, confeccionada por Don Adolfo Smith, un suizo que vivió muchos años en la ciudadela del muelle, fabricando y vendiendo patitos de porcelana.

No podemos dudar el hecho de que al llegar a la sexta o séptima década de nuestras vidas y cualesquiera que hayan sido los palos, las caricias, o las dos cosas con los que esta misma vida nos haya obsequiado, es indudable, repito, que todos nos volvemos de un nostálgico subido y en muchos casos insoportable, dirigiendo el pensamiento miles de veces al día, a los lejanos y engañosamente felices tiempos de nuestra infancia y juventud.

Alguien ha dicho y con razón, que cualquier hombre o mujer que valga la pena, al llegar a los cincuenta años, ya lleva clavada en su cabeza una corona de espinas y que el problema entonces se reduce, o debe reducirse, a cargar esa corona de espinas con la mayor elegancia para que nadie se entere de las dificultades que conlleva el soportar este incómodo sombrero. De aquí la evasión a tiempos y circunstancias pasadas, a fin de encontrar alguna tranquilidad en esta vida cada vez más ajetreada y cada año más endemoniadamente complicada.

Por eso, al llegar a estas edades que tanto se prestan a los chistes y a los comentarios humorísticos, sin olvidar que también son las de los primeros achaques y de las últimas, o por lo menos de las penúltimas ilusiones y esperanzas, es raro el día que no se nos viene a la memoria un gran número de escenas de nuestra niñez, que por un conocido mecanismo psíquico, bien definido en el certero aforismo que dice que "recordar es volver a vivir" nos

parece revivir una época ya pasada y que por desgracia no volverá. Estas añoranzas de otros tiempos que no siempre fueron mejores (aunque sólo sea por llevar la contraria a Jorge Manrique) nos llevan a sentir más placer, a medida que pasan los años, en este funcionamiento, por otra parte inocente, de nuestra particular máquina del tiempo. Y esto precisamente es lo que nos ocurre en las fechas de navidad. Por eso diremos algo de los Reyes, con cuyos recuerdos, cada uno de los presentes podría escribir un libro.

¿Qué sabemos de los Reyes Magos? bastante poco si atendemos a los Evangelios y a otros documentos de la época que conmemoramos; San Mateo nos dice que:

“Habiendo nacido Jesús en Belén de Judá, durante el reinado de Herodes, vinieron unos magos de Oriente a Jerusalén y preguntaron ¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? Porque hemos visto su estrella en Oriente y venimos a adorarlo”.

“Herodes y todo Jerusalén quedaron muy intranquilos por la noticia; Herodes reunió a todos los sacerdotes principales y a los maestros de la Ley para preguntarles donde debía nacer el Cristo. Ellos le contestaron que en Belén de Judá ya que así lo anunció el profeta”.

Está claro para los comentaristas de la Biblia, que en relación con la redacción del Capítulo de Mateo señalado, hay que pensar que pertenece a un tipo de literatura muy en boga entre los judíos de aquel tiempo, en el que la historia se mezclaba a la ficción y que pretende enseñarnos mediante figuras, siendo tal vez esta peculiaridad lo que ha originado que el apartado del nacimiento de Jesús y concretamente la adoración de los Reyes Magos, hayan mantenido durante más de veinte siglos este entrañable sabor de fascinante leyenda que tanto nos gusta a chicos y a grandes, como demostraremos una vez más este año muchos millones de personas, en la celebración cordial y con deseos de paz, de estas fechas navideñas.

No se puede negar que existe como una nebulosa histórica que, a ser posible, rodea de un mayor misterio aún al nacimiento del Redentor, y se agarra a las almas de una forma mucho más contundente que la fría exposición de fechas y cifras históricas, con las que se trata de demostrar lo que ya está demostrado, o de descubrir la pólvora, que ya está descubierta por los chinos desde hace un montón de siglos; y así, con el candor de los niños, nos podríamos preguntar:

¿Cuántos eran los Reyes Magos? Parece que eran tres: Melchor, Gaspar y Baltasar, creyendo los que investigan estas cosas que el teólogo inglés Beda el Venerable fue de los primeros en usar estos nombres en sus escritos, nada menos que en el siglo VIII. Se supone que el negro era Baltasar, pues fue la

tradición la que confirmó la idea que uno de ellos era árabe o negro, lo cual empezó a mostrarse en pinturas y murales europeos relativos a la Epifanía a partir del siglo XIV; Por otra parte, el Papa León I, el Grande, en el siglo V, aseguró que era lógico que fueran tres, toda vez que tres habían sido los regalos (oro, incienso y mirra) que llevaron a Jesús, opinión respetable pero totalmente discutible. Además, se sabe que los Magos no eran reyes sino adivinos y sacerdotes de una religión pagana, lo cual nos hace pensar que, aunque Dios no pasó aviso del nacimiento de su hijo a los sacerdotes de los judíos, jefes de su pueblo, sí se lo notificó a estos magos amigos, muy alejados de la fe verdadera y de la tierra elegida, quedando demostrada una vez más esta gran lección: que Jesús es el Salvador de todos los hombres y no solamente de sus amigos, de sus partidarios o de los que forman parte de su iglesia.

Y continúan las deliciosas contradicciones de esta parte del Evangelio que, repetimos, se nos hace muy grata, con el encanto irreal y mítico de la leyenda, de todas las leyendas; y seguimos preguntando ¿Qué fue lo que guió a los Reyes hasta el lugar del nacimiento? Una estrella, sin duda, pero a lo largo de los últimos siglos se ha querido demostrar por astrónomos de gran reputación que se trataba de un cometa, de una supernova, o de una conjunción de Júpiter y Saturno; nada de esto ha podido comprobarse, pero tengo la impresión, no sé si equivocada, que de haberse comprobado nos gustaría menos la teoría astronómica descubierta que la tradición de la estrella de Belén, que condujo a los Magos hasta el mismo lugar del nacimiento, deteniéndose precisamente allí, encima del portal, problema que desde toda la vida, han resuelto los niños del mundo cristiano en la magia de los belenes, con un papel plateado, unos alfileres y unas tijeras. Y para que la leyenda nos asombre más aún, se cree que los restos de los Reyes Magos fueron enterrados en Alemania, concretamente en la catedral de Colonia, donde permanecieron durante más de 800 años.

Pero volviendo a lo expuesto, una vez explicado por los Magos el motivo de su viaje, Herodes, un criminal sanguinario de mucho cuidado como lo demostró a lo largo de su vida, quiso enterarse por estos Magos, llamados sabios de Oriente en la Biblia, del lugar exacto donde había nacido el niño Dios, con la intención de matarlo, diciéndoles poco más o menos "Vayan y averigüen bien lo que se refiere a ese niño. Cuando lo hayan encontrado avísenme para ir yo también a adorarlo." Advertencia a la que Melchor, Gaspar y Baltasar, avisados en sueños, no hicieron el menor caso, regresando a su país por otro camino distinto, una vez que adoraron al Niño Dios, y abrieron sus cofres para ofrecerles sus regalos.

Después, ya sabemos todos lo que pasó: la matanza de los inocentes, la huída a Egipto, la vuelta a Nazaret de Galilea una vez muerto Herodes y todo lo que sucedió hasta la muerte y resurrección de Cristo, contado de primera mano

por cuatro "periodistas" de excepción llamados Juan, Mateo, Marcos y Lucas, éste último, médico además, y "enviado especial" para la difusión de la Buena Nueva.

Hay varias épocas de cada año en las que la comunidad cristiana celebra por separado todos estos acontecimientos, pero ninguna de tan sana alegría como esta de las navidades que se nos acercan; es una lástima que un mercantilismo exagerado, el mismo que hizo que al hacerse hombre el niño que va a nacer, echara a latigazos del templo a un grupo de mangantes que pretendían convertirlo en mercado, deteriorare hasta cierto punto el verdadero espíritu de estas efemérides, pues el consumismo irracional navideño que hemos adoptado desde que nos hicimos ricos, nos hace olvidar unos acontecimientos que tuvieron lugar en medio de una franca pobreza y hasta con un burro prestado.

Y faltaría a mi obligación de, digamos, señor mayor, si no dijera que las navidades de ahora no son como las de antes, pero en esto sí que hay muchos amigos presentes que me darán la razón.

Me explico: desde los años de nuestra niñez hasta hoy, hemos comprobado todos un fenómeno muy curioso y que siempre me ha llamado la atención; a pesar de las escaseces de las décadas de los treinta y de los cuarenta, la gente se divertía mucho más en todas las fiestas que en la actualidad, en la que todos somos millonarios; sobre todo en navidades, el denominador común era la música y era normal ver por las calles y en la plaza del Charco diversas parrandas con numerosos participantes de todas las edades, parrandas que hoy están, como dirían los Piedra Pómez, en peligro de "extensión". Ya a fines de los cuarenta y principios de los cincuenta, un grupo de más de ochenta personas del Puerto, también de todas las edades, formamos una agrupación musical de voces y cuerdas y nos lanzamos a la calle cantando villancicos a pedir dinero para el hospital, que a la sazón las estaba pasando canutas, pues no tenía otra ayuda que la de las monjas, encabezadas por la inolvidable Sor Pura y por un grupo de señoras caritativas del Puerto que formaban un Patronato. Una de ellas, la siempre recordada y querida Doña Tona Wildpret, era la encargada de pasar el sombrero a los que pagaban, con grandes resultados, echando al mismo tiempo una mano en el bien conjuntado coro.

Esta agrupación musical de "Lo Divino", cosechó durante años los mayores éxitos, bajo la batuta de Don Aurelio González el de Yeoward, padre de Aurelio González, el de Yeoward y abuelo de Aurelio González, aunque no creo que éste sea de Yeoward. Otro de los fundadores, un gran fichaje, fue un "chico", entre comillas, verdadero experto musical y muy querido por todo el mundo: Alejandro García, el marido de Nieves Hernández Castro y padre de Nieves García, ex-concejal, a quienes desde aquí saludamos. Si fuéramos

solamente a consignar los nombres de los que actuamos en esta agrupación durante años, llenaríamos por completo el tiempo de que disponemos para la lectura de estas mal hilvanadas líneas.

El salón de entrenamiento era el comedor de Manuel Pérez y Doña Adela Padrón, en su casa y taller de la calle de Santo Domingo, que hace unos años se quemó, o la quemaron, que esto creo que no ha podido aclararse, que más que la casa de la familia Pérez Padrón, era la casa de todo el Puerto. También es verdad que durante los ensayos, con grandes sacrificios, los hombres salíamos con alguna frecuencia a tomar algo para aclarar la voz al cercano Presidio, donde Mario Martín daba a cada uno en vasos de a cuarta, el específico adecuado, importado de Chiclana, provincia de Cádiz. Esta agrupación fue el embrión de lo que al poco tiempo sería la Coral Polifónica, de la que tanto habría que hablar, bajo la dirección de Don Alfonso Temes, ahora con Don Aurelio y Alejandro cantando como tenores. Benditos tiempos y benditos entusiastas, eternamente jóvenes, que tanto bien hicieron a los demás y sobre todo a los que no tenían nada.

Pero hay que cortar, pues creo que me estoy pasando del tiempo razonable, aunque si me dejaran, estaría hablando del Puerto antiguo muchas horas. Así que me despido con la incómoda sensación de haber dejado muchas cosas en el tintero, y con los mejores deseos para que todos los presentes y sus familias tengan la mayor felicidad en estas fiestas, deseos que condenso en el vocabulario que utilizan a veces mis nietas más pequeñas: ¡Que ustedes lo pasen "superguay"!

Muchas gracias a todos:

Ignacio Torrents

---